

# *¿Hacia un feminismo posmoderno? Reflexiones en torno al género y la lectura en la posmodernidad*

ESTHER SÁNCHEZ-PARDO GONZÁLEZ  
Universidad Complutense de Madrid

## ABSTRACT

Feminist criticism seeks to privilege feminist interests in the understanding and transformation of patriarchy. How the feminist critic fixes meaning will depend on the framework within which she reads a text. Texts may be read, for example, as expressions of women's experience already constituted in the world beyond fiction, as repressions of an essentially feminine subjectivity which may be heterosexual or lesbian, or as specific examples of the construction of gender in language. These different types of reading represent different political as well as theoretical objectives.

As I try to demonstrate in this essay, to read for the expression of women's experience, for example, is to locate the meaning of fiction outside itself in the life and consciousness of the author rather than in the historically placed interaction between reader and text. This way of reading relies on the assumption of a fully self-present female subject, rather than a changing and contradictory subject, such as the subject of postmodernism, whose experience is discursively produced and constantly open to redefinition.

In my view, we never just «read», we always read *from somewhere*. This «where» is essential to the postmodern project of theorizing and reading as a negotiation of socially constructed subject-positions.

## I. LA SUBJETIVIDAD EN EL DEBATE POSMODERNO

Buena parte de la crítica ha señalado cómo, sin motivo aparente, existen muy pocos estudios que pretendan dar cuenta de la relación entre feminismo, escritura

de mujeres y posmodernismo. Andreas Huyssen, por ejemplo, entiende al posmodernismo como un movimiento democratizador del arte que persigue amalgamar la cultura «modernista» y la cultura popular y aproximar la élite a la masa (Huyssen, 1984: 27). Nuestro crítico se ha planteado el papel que desempeñaría la práctica feminista en todo ello, con su recuperación y restauración de lo marginal y lo enterrado, su reto frente a la construcción del canon, y su necesario desafío al sujeto del humanismo liberal tradicional, en crisis frente a la idea de la construcción social del género. Huyssen no se explica cómo, a la luz de estos planteamientos, la crítica feminista se ha mantenido al margen del debate posmoderno que parece exclusivo territorio masculino (Huyssen, 1984: 28). En este trabajo pretendemos cuestionar los motivos de la exclusión de escritoras, en especial escritoras abiertamente feministas, de las consideraciones que afectan a la situación posmoderna en el ámbito literario y artístico, así como analizar los posibles puntos de contacto entre posmodernismo y feminismo que, sin duda, nos permitirán dar cuenta de su dinámica identidad cultural.

Muchos han sido los intentos por definir posmodernismo y feminismo, muchas son también las dificultades, pues ninguno de los dos constituye una categoría homogénea. Sin embargo, sí podemos distinguir una serie de cuestiones relativas a las ideas de subjetividad y autoridad presentes en el debate interno de cada uno de estos movimientos que nos ayudan a la hora de asimilar o diferenciar sus planteamientos.

La transición filosófica desde una concepción hegeliana o marxista del sujeto en la historia hasta una posestructuralista consiste fundamentalmente en el paso del protagonismo de la conciencia al lenguaje. El posmodernismo se sitúa epistemológicamente en el punto donde el sujeto epistémico, caracterizado en términos de su experiencia histórica, interioridad y conciencia, cede paso a un sujeto «descentrado» que se identifica en base a las prácticas significativas, públicas e impersonales, de otros sujetos en la misma situación. Incluso puede situarse en un punto donde ya no hay sujeto ni historia en el viejo sentido. Sólo hay un sistema de estructuras lingüísticas, una construcción textual, un juego de diferencias en el sentido derrideano. En muchos textos posmodernistas aparece la nostalgia por el sujeto del humanismo liberal. Pero el ya clásico análisis de la relación entre el lenguaje y la subjetividad nos informa de que el sujeto de la enunciación siempre supera al sujeto de la elocución, o lo que es lo mismo, el «yo» no puede nunca estar totalmente presente en lo que él mismo dice de sí. El rechazo posmodernista de la representación se basa en un reconocimiento de la separación necesaria entre las subjetividades gramatical y existencial, si bien la mayoría de los escritores posmodernistas alimentan una velada aspiración hacia el descubrimiento de una identidad cierta detrás de la significación, un deseo de cerrar el abismo y situar al «yo» en la pura conciencia.

Es evidente que las mujeres escritoras ocupan una posición claramente diferente en relación a esa velada nostalgia posmodernista. La subjetividad, históricamente construida y expresada a través de la ecuación fenomenológica *yo/otro*, sitúa necesariamente a un «yo» masculino frente a un «otro» femenino. El centro subjetivo de los discursos socialmente dominantes en términos de poder, capacidad, autonomía, ha sido un sujeto «universal» que ha establecido su identidad a través de la invisible marginalización o exclusión de lo que él mismo ha definido como «feminidad» (entiéndase por esto lo irracional, el cuerpo, las emociones, lo pre-simbólico...). De este modo, lo «femenino» pasa a ser lo inexpresable, ya que existe fuera del dominio de la significación simbólica.

En la relación dialéctica entre el humanismo tradicional y el antihumanismo posmoderno surgido a finales de los años sesenta, la mujer continúa constantemente desplazada. Imposible buscar una nueva modalidad del ser-mujer partiendo de unas tesis que nunca han tenido en cuenta su experiencia histórica. La teoría feminista de finales de los sesenta no buscaba, pues, deconstruir las formaciones discursivas que asignaban un lugar al sujeto, sino analizar las diferencias —socialmente construidas— entre los sexos como fuente principal de opresión de las mujeres, y examinar los roles sexuales como modalidad de control social. Su interés primordial se centraba en la idea de la producción ideológica de la «feminidad» en tanto que «otro» del patriarcado y en la necesidad, por tanto, de que las mujeres llegaran a ser sujetos «reales», con capacidad para descubrir su «yo» verdadero. Con la búsqueda de un sujeto femenino coherente y unificado comenzó la deconstrucción del mito de la mujer como Otro absoluto, revelándose su posición deformada dentro del discurso masculino.

Frente a lo anterior, podemos afirmar que, mientras el posmodernismo expresa nostalgia, al tiempo que pérdida de creencia en el sujeto humano como agente que interviene de manera efectiva en la historia, el feminismo busca una identidad subjetiva, un sentido de intervención efectiva y una historia de y para las mujeres que hasta la fecha les ha sido negada por la cultura dominante. Parte importante de la escritura femenina puede entenderse no como un intento de definir un yo aislado e individual, sino un concepto colectivo de subjetividad que subraya la construcción de la identidad en relación<sup>1</sup>. Históricamente, este fenómeno aparece con anterioridad al posmodernismo, si bien parece que, en esta etapa, el influjo posestructuralista ha desviado ligeramente su trayectoria. No olvidemos que, en sus escritos, Virginia Woolf dramatizaba la paralizadora y alienante situación propiciada por el mito masculino de la Mujer, al tiempo que evitaba abrazar una identidad articulada en base al ideal de subjetividad coherente, equilibrada y contenida que, a su juicio, no hacía sino expresar la norma cultural dominante establecida por el hombre.

Siguiendo con esta idea, podemos afirmar que la práctica feminista no se ha separado de la preocupación humanista del sujeto-en-relación, si bien ha reconocido las contradicciones que se derivan de plantear la existencia de un «yo» natural, fuera de, o anterior a lo social. En su lugar, propone un «yo» que, si bien es contradictorio, no unitario y producido históricamente a través de formaciones discursivas e ideológicas, tiene, sin embargo, existencia material e historia en las relaciones humanas, destacando por su importancia las que mantienen los recién nacidos con las personas encargadas de su cuidado<sup>2</sup>.

La radicalización de la posición feminista y la huida de posturas esencialistas que presentan al «yo» como entidad inmutable y ahistórica, aislado en su lucha por definirse en su diferencia, unicidad y separación, ha resultado en su relativa proximidad a planteamientos posmodernos. Rachel Blau du Plessis define la práctica de la escritura feminista como aquella práctica cultural que erige al proceso de producción de significado en escenario de lucha y confrontación. Las escritoras feministas elaboran una enorme variedad de estrategias en oposición a la institucionalización del género en la narrativa:

A writer expresses dissent from an ideological formation by attacking elements of narrative that repeat, sustain or embody the values and attitudes in question. So after breaking the sentence, a rupture with the internalization of the authorities and voices of dominance, the woman writer will create that further rupture... breaking the sequence —the expected order (Blau du Plessis, 1985: 34).

Su idea pone de manifiesto la producción discursiva del significado dentro de las relaciones institucionalizadas de poder y, por tanto, la necesidad de «romper la frase», fragmentar las jerarquías del discurso que reproducen la ideología dominante. Su ataque, aunque de manera no explícita, se centra en lo que el posestructuralismo ha dado en llamar «metarécits» (Lyotard, 1984) o «master narratives», los grandes «plots» de la historia que producen y legitiman prácticas sociales y relaciones, como las relaciones entre los sexos.

Feminismo y posmodernismo pretenden deconstruir la concepción tradicional del sujeto y de las metanarrativas de la historia —la nostalgia por su pérdida puede, no obstante, estar presente en el posmodernismo más conservador o el feminismo que quedó anclado en la concepción esencialista del sujeto. En cualquier caso, no podemos obviar sus diferencias históricas. El posmodernismo puede aliarse con el *establishment* literario-político que legitima y reproduce las metanarrativas, mientras que el feminismo no ha optado nunca por esa alternativa. Además, es evidente que, a lo largo de la historia, hombres y mujeres han vivido su experiencia del mundo y de su propio yo de maneras muy diferentes, por lo que la deconstrucción posmoderna de la subjetividad es tan problemática para las mujeres como la construcción humanista-liberal del yo.

## II. LA FICCION COMO EXPRESION DE LA EXPERIENCIA DE LA MUJER

### II.1. **Ginocrítica, crítica feminista de color, crítica lesbiana**

Trabajos recientes en la esfera de la representación han investigado los mecanismos a través de los cuales se construye el significado para el lector, así como la manera según la cual la articulación fictiva del género se vincula al amplio campo discursivo de las relaciones genéricas. Otra rama importante de la crítica feminista considera a la ficción como expresión de una experiencia genérica previamente constituida. Partiendo del canon literario tradicional, la crítica feminista ha observado repetidamente la ausencia de perspectiva femenina y de una auténtica representación de la experiencia de la mujer en la mayor parte de los textos canónicos. Es evidente que la mayoría de los autores del canon son hombres y sus textos reflejan una experiencia marcadamente masculina, por ello, la crítica feminista dedica especial atención a aquellas esferas en las que, tradicionalmente, la mujer ha sido protagonista. La esfera doméstica y la de las relaciones personales han sido tema recurrente en la ficción de mujeres de todas las épocas. Desde el siglo XVIII hasta las novelas más recientes de escritoras feministas, como Marge Piercy o Marilynne Robinson, su preocupación principal gira en torno a las relaciones familiares o sexuales, y en menor medida hacia las áreas que integran la esfera de la vida pública. Esta división sexual dentro de la ficción se puede entender en términos de la más amplia división sexual del trabajo y de las férreas normas de feminidad y masculinidad que circunscriben el acceso de hombres y mujeres a áreas específicas de la vida y de los discursos en torno al género, el trabajo y lo doméstico que las estructuran. También puede interpretarse como efecto de la manera en la que los hombres ejercen el poder sobre las mujeres en las relaciones familiares y sexuales.

El estudio de la escritura de mujeres como proyecto feminista puede adoptar muchas formas, dependiendo de las asunciones y perspectivas del lector. Por ejemplo, es posible abordarlo de manera esencialista o posestructuralista, teniendo en cuenta que la diferencia fundamental entre ambas radica en la importancia otorgada a las mujeres en tanto que autoras. En teoría posestructural, la autoría no es garantía de significado, si bien el contexto histórico del autor producirá los discursos del texto. Las formas de subjetividad genérica que ofrecen los textos son también el producto de los discursos sociales que circulan sobre el género en el momento de la escritura.

Hasta el momento, la preocupación primordial de la mayor parte de la crítica feminista de escritura femenina ha sido la de identificar la experiencia y la voz

de la mujer en dichos textos, preocupación que sitúa su quehacer en una línea esencialista. Recientemente, otros textos críticos buscan una esencia de la feminidad que caracteriza a la escritura de mujeres como una práctica cualitativamente diferente de la escritora masculina y que tiene su base en una estética femenina, heterosexual, lesbiana o de color, y más específicamente en el lenguaje de las mujeres. Se asume que la estética femenina quedará plasmada en el texto, si bien es la autora quien garantiza tal diferencia por su condición de mujer. Los motivos de las diferencias genéricas que expresan los textos se asumen como *producto biológico, histórico o psicosexual*. No obstante, a menudo se ven como el efecto que la sociedad patriarcal produce en las escritoras, negándoles cualquier posición desde donde poder expresar directamente una auténtica voz femenina.

La importancia otorgada a la autoría femenina y el propósito de identificar un lenguaje y una estética femeninas ha dado en llamarse «*woman-centred criticism*». Esta modalidad de crítica ha producido textos que ahora se consideran como clásicos, especialmente el de Elaine Showalter, *A Literature of Their Own* (1977), y el de Sandra Gilbert y Susan Gubar, *The Mad Woman in the Attic* (1979). En ambos casos, sus autoras pretenden leer la escritura de mujeres al mismo tiempo como efecto de y reto al patriarcado. Showalter ha denominado a la crítica centrada en la recuperación y reevaluación de la escritura femenina en tanto que expresión de la experiencia de la mujer como «*gynocritics*». En *Women Writing and Writing about Women* (Jacobus, ed., 1979), Showalter definió el proyecto de la «*gynocritics*» como:

«to construct a female framework for the analysis of women's literature, to develop new models based on the study of female experience, rather than to adopt male models and theories. Gynocritics begins at the point when we free ourselves from the linear absolutes of male literary history, stop trying to fit women between the lines of the male tradition, and focus instead on the newly visible world of female culture» (en Jacobus, ed., 1979: 28).

Recientemente, en «*Feminist Criticism in the Wilderness*» (1985), define a la teoría crítica masculina como un concepto de la creatividad, la historia o la interpretación literaria basada enteramente en la experiencia masculina y caracterizado como universal (Showalter, ed., 1985: 247). A juicio de Showalter, el desarrollo de la crítica centrada en la mujer ha facilitado el estudio de las mujeres escritoras, siendo sus temas primordiales la historia, estilos, temas, géneros y estructuras de la escritura femenina, la psicodinámica de la creatividad femenina, la trayectoria de la carrera, individual o colectiva de la mujer, y la evolución y las leyes de la tradición literaria femenina (Showalter, ed., 1985: 248).

Dese una perspectiva posmoderna, todos estos aspectos de la escritura

contribuyen a un entendimiento del número de discursos sobre el género en circulación, así como de las posiciones subjetivas abiertas a las mujeres en momentos determinados de la historia y en el presente. Examinados en su especificidad histórica, estos aspectos demuestran lo que las mujeres podían decir sobre las sociedades patriarcales en las que vivieron desde un contexto discursivo específico, el de la ficción, a la vez que nos dan acceso a las estructuras del poder patriarcal y a los medios para edificar la resistencia.

En la línea de lo anterior, podrían plantearse cuestiones similares a la crítica feminista que se ocupa de descubrir la experiencia particular de las mujeres en la escritura femenina. Teresa de Lauretis ha añadido valiosas apreciaciones en su redefinición de la experiencia, relevantes para nuestro propósito. A su juicio, la experiencia no consiste en un mero registro de datos sensoriales, en una relación puramente mental con objetos o acontecimientos, ni en la adquisición de destrezas y competencias de manera progresiva:

«I use the term (experience) not in the individualistic, idiosyncratic sense of something belonging to one and exclusively her own even though others might have “similar” experiences; but rather in the general sense of a process by which, for all social beings, subjectivity is constructed. Through that process one places oneself or is placed in social reality, and so perceives and comprehends as subjective (referring to, even originating in, oneself) those relations—material, economic, and interpersonal—which are in fact social and, in a larger perspective, historical. For each person, therefore, subjectivity is an ongoing construction, not a fixed point of departure or arrival from which one then interacts with the world. On the contrary, it is the effect of that interaction which I call *experience*, and thus it is produced not by external ideas, values, or material causes, but by one's personal, subjective engagement in the practices, discourses, and institutions that lend significance (value, meaning and affect) to the events of the world» (de Lauretis, 1984: 159).

Dicho de otro modo, las mujeres escriben y leen de manera diferente en la medida en que viven una existencia socialmente categorizada como femenina y en tanto en cuanto sus textos circulan o son consumidos de otra forma que aquellos que llevan firma masculina.

Hoy por hoy, junto al ya largo camino recorrido por la crítica feminista en su intento por definir la experiencia histórica de la mujer, se intenta caracterizar la experiencia de la mujer de color o lesbiana y construir su propia tradición literaria. Los problemas que comporta lo anterior se agudizan en el caso de definir una estética y tradición literaria lesbiana. Bonnie Zimmerman se propuso abordar la complejidad de todas estas cuestiones en su ensayo sobre la crítica feminista-lesbiana, «What Has Never Been: An Overview of Lesbian Feminist Criticism» (en Showalter, ed., 1985). En él señala que los discursos contemporáneos sobre el lesbianismo son muchos y muy variados, y que abarcan desde su

definición exclusiva como práctica sexual hasta la inclusión de toda experiencia identificada como femenina, como en la obra de Adrienne Rich. Sea cual fuere la definición que elijamos, es evidente que el significado del lesbianismo ha variado a lo largo de la historia en la construcción discursiva de la sexualidad femenina. Como grupo, definido socialmente por otros en virtud de su opción sexual, que no es heterosexual y, por tanto, normal, las escritoras lesbianas escriben desde posiciones subjetivas diferentes de la mayoría de las feministas heterosexuales.

Es fácil compartir la afirmación de Showalter: «a woman's identity is not defined only by her relation to a male world and a male literary tradition... powerful bonds between women are a crucial factor in women's lives» (Showalter, ed., 1985: 201), sin embargo, no es suficiente para contrarrestar el sentimiento heterosexista que es el principio estructural fundamental en los discursos en torno al género y de las prácticas sociales que éstos conllevan.

Las cuestiones que la crítica lesbiana se plantea con mayor frecuencia se centran en la relación entre autor y texto. Zimmerman, por ejemplo, asume que la orientación sexual y emocional de una mujer afecta profundamente a su conciencia y, por tanto, a su creatividad (en Showalter, ed., 1985: 201). Es altamente probable que esto ocurra así; sin embargo, nunca tenemos acceso directo a la intimidad de los autores, ni hemos de buscar el significado de un texto en la intención de su autor, pues éste siempre está abierto a lecturas plurales que son, a su vez, producto de contextos discursivos específicos.

De manera alternativa, el lesbianismo en la ficción puede entenderse en base a una serie de estrategias textuales. Así lo entiende Barbara Smith en su lectura de *Sula*, de Toni Morrison, incluida en la antología de Showalter (1985: 164-84). En cualquier caso, es complicado asumir que toda ficción que contesta las formas específicas de la práctica heterosexual tiene necesariamente implicaciones lesbianas.

Desde una perspectiva posmoderna podríamos afirmar que la fijación de un concepto de lesbianismo o el establecimiento de una estética lesbiana será necesariamente temporal e históricamente determinado. Si pretendemos comprender y contestar al heterosexismo, hemos de partir de los discursos que lo constituyen, así como de las formas de sexualidad, control y subjetividad genérica a que él mismo da lugar. Lo que sí es cierto es que la ficción desempeña un importante papel en la oposición y resistencia a modos específicos de heterosexualidad.

En otro orden de cosas, la crítica feminista de color comparte problemas con la crítica feminista lesbiana. Resulta difícil identificar la auténtica experiencia negra en la escritura femenina, así como establecer su tradición literaria específica.

Podemos partir de la afirmación de Barbara Smith de que, temática, estilística, estética y conceptualmente, las escritoras negras manifiestan una aproximación común a la creación literaria como resultado directo de la experiencia política, social y económica que se han visto obligadas a compartir (en Showalter, ed., 1985: 174). El crítico de la escritura feminista negra puede utilizar herramientas críticas preexistentes o, como sugiere Barbara Smith, rechazarlas y «write out for her own identity» con una aproximación humanista a la conciencia y la subjetividad negra que, de manera implícita, restringe el acceso a esta escritura a personas que no sean de color (en Showalter, ed., 1985: 175). Como ocurre en el caso de la crítica lesbiana, la metodología más apropiada ha de tomar un sesgo necesariamente político. Nuestra manera de leer ficción negra determinará lo que ésta nos puede enseñar sobre las estrategias discursivas del racismo y el sexismo. Como señala Susan Willis, «Black women's writing is not a mere collection of motifs and strategies, but a mode of discourse which enables a critical perspective upon the past, the present and sometimes into an emerging future» (en Greene & Kahn, eds., 1985: 220).

## II.2. La filosofía posmoderna de la muerte del autor

La idea de la *autoría* que garantiza la mayor parte de las lecturas feministas de la escritura de mujeres blancas, negras o lesbianas, es una idea compartida con la crítica humanista liberal. El autor es el sujeto que habla, siempre presente, el sujeto que produce el texto desde su propia *Weltanschauung*, y es su garantía de verdad. El efecto de este discurso es precisamente el de fijar el significado. Tradicionalmente, la crítica centrada en el autor ha intentado introducirse en su mente e interpretar su intención en beneficio de los lectores. Su método consiste en la «close reading» del texto y en el conocimiento detallado de la biografía del autor y de bibliografía complementaria, como cartas y diarios. Partiendo de este material, se trata de reconstruir el proceso creativo, investigando influencias y diferencias en cada una de las distintas versiones de sus obras. Esta postura asume que la intención artística es lo que cuenta y que es la fuente y garantía del significado de un texto. Su proyecto se ve amenazado por la imposibilidad real de conocer la intención de los distintos autores al crear su obra. En el caso de la crítica feminista centrada en el autor, lo que garantiza las perspectivas genéricas de un texto es precisamente la femineidad biológica y social de su autora. Paralelamente, en la crítica feminista negra, los factores raza, género y clase del escritor son los que garantizan el significado y autenticidad del texto.

La cuestión de la autoría en la situación posmoderna tiene en Roland Barthes

su teórico más destacado. Sus ensayos «The Death of the Author» (1968) y «From Work to Text» (1971) son paradigmáticos para entender la postura de la crítica posestructuralista frente a las ideas en torno al autor y al nuevo concepto de textualidad. Para Barthes, siempre que se narra un hecho sin otra finalidad al margen de la propia narración, la voz pierde su origen y se produce lo que él llama la «muerte del autor» y el comienzo de la escritura. A su juicio, es la lingüística la que ha contribuido a la destrucción del autor con un importante instrumento analítico, a saber, demostrando que el conjunto de la enunciación es un proceso vacío que sigue funcionando a la perfección sin la necesidad de identificar a sus interlocutores. La postura que todavía acepta la figura del autor, evidentemente, lo entiende como el «pasado» de su propia obra. En este caso, libro y autor se encuentran en una misma línea temporal dividida en un *antes* y un *después* y la relación que se establece entre ambos es paterno-filial (el autor «alimenta» a su obra, cuida de su desarrollo, la piensa, la sufre, la vive...). La postura posestructuralista es totalmente opuesta a la anterior: El nuevo concepto de escritura ya no designa una operación de registro, representación, descripción, sino que es eminentemente performativa y en ella la enunciación no tiene más contenido que el acto a través del cual se expresa.

En vista de lo anterior, no es de extrañar que la crítica feminista, en principio, encontrara en estos argumentos un importante pilar donde apoyarse. No olvidemos que es el Autor (con mayúsculas), canonizado, antologizado e institucionalizado, el que excluye del canon a otras obras menos conocidas de mujeres y minorías, justificando dicha exclusión en virtud de su autoridad. Por otra parte, la insistencia de la crítica feminista en la importancia del lector encuentra afinidades con la postura que entiende el nacimiento del lector como contrapunto necesario de la muerte del Autor (Barthes afirmaba de manera apocalíptica: «the birth of the reader must be at the cost of the death of the Author» (1977: 148).

Sin embargo, el enorme potencial crítico de la alianza feminismo-posestructuralismo no ha dado como resultado el fruto esperado. Barthes declaraba en «The Death of the Author», «The reader is without history, biography, psychology» (1977: 148). El lector es un espacio y un proceso. Su identidad genérica queda en suspenso.

La filosofía posmoderna de la muerte del Autor presenta, pues, numerosos problemas a la crítica feminista. Históricamente, la identidad femenina no ha tenido la misma valoración social que la masculina. Nancy Miller señala: «...the female subject has juridically been excluded from the polis, and hence decentered, “disoriginated”, desinstitutionalized, etc., her relation to integrity and textuality, desire and authority, is structurally different» (en De Lauretis, ed., 1986: 106). No podemos olvidar los temas de la subjetividad, identidad, autonomía, clase o

raza al aproximarnos a la escritura de mujeres. Tampoco podemos dejar de cuestionarnos, a la luz de las ideas de Barthes, qué significa leer a una mujer después de la «muerte del Autor», o de qué manera leer-como-mujer puede ayudarnos a reflexionar sobre el potencial político de la lectura.

### **II.3. Los discursos sobre el género y las aportaciones de M. Foucault**

El feminismo, en su versión posmoderna, puede mantener que la literatura es uno de los múltiples terrenos en los que tiene lugar la construcción ideológica del género. La literatura, en lugar de reflejar o expresar una femineidad esencial o socialmente edificada, se ocupa fundamentalmente de construir maneras aparentemente «naturales» de ser hombre o mujer. Los textos de ficción ofrecen a sus lectores posiciones y modos de subjetividad que conllevan formas de placer, significados y valores específicos. Cruciales en la visión de la sociedad ofrecida por un texto serán, pues, las definiciones de la femineidad y su relación con la masculinidad.

El feminismo posmoderno rechaza categóricamente la afirmación humanista de que mujeres y hombres tienen una naturaleza esencial. Insiste en la construcción social del género en el discurso, la cual incluye el deseo y la vida emocional consciente e inconsciente, y descarta la mistificación de las teorías generales sobre la psique femenina y del biologismo que sitúa la esencia de la mujer en procesos tales como la maternidad o la sexualidad femenina.

No existe garantía de la naturaleza de la experiencia de la mujer, ya que, en la medida en que ésta es significativa, se produce discursivamente por la constitución de la mujer como sujeto dentro de discursos socio-históricos específicos. Esto no descarta la especificidad de la experiencia de las mujeres y su diferencia de la de los hombres, pues en el patriarcado las mujeres tienen un acceso diferenciado al ámbito discursivo que constituye el género, la experiencia del género y las relaciones genéricas de poder en la sociedad. No obstante, la subjetividad femenina siempre estará abierta a una pluralidad de significados y las posibilidades contenidas en tal pluralidad derivarán en otras tantas implicaciones políticas.

Si, como señalamos más arriba, el género, la raza, la orientación sexual o la clase de los autores no garantizan el significado de las representaciones fictivas en sus textos, la tarea de la crítica feminista se cifrará en demostrar de qué manera los textos presentan el género al lector con una especificidad de clase o raza, y en ver cómo los modos de femineidad y masculinidad entran en relación con una amplia gama de discursos sobre el género del pasado y del presente. El feminismo en su versión posmoderna está interesado en la batalla discursiva por el signifi-

cado, una constante en la institución educativa y literaria, y en la práctica diaria de la lectura. En esta contienda, la legitimación de lecturas particulares y la exclusión de otras representa intereses patriarcales específicos de clase, raza y género, que conforman nuestros criterios e ideas como sujetos lectores y hablantes.

Si recordamos la definición posestructuralista del sujeto de Foucault, «not the speaking consciousness, not the author of the formulation, but a position that may be filled in certain conditions by various individuals» (1972: 115), no resulta difícil traducir su aproximación a la subjetividad en una teoría general de la lectura. Así, podríamos preguntarnos: ¿cuáles son las diferentes posiciones que puede ocupar un sujeto lector?, ¿cómo se construyen dichas posiciones?, ¿puede un lector rechazar la posición discursiva que el texto le brinda?, ¿es el texto el que construye al sujeto lector o viceversa? La actividad de la lectura es también doble, mientras el lector aporta posiciones discursivas previamente formadas al texto, el proceso de la lectura construye nuevas posiciones para el sujeto lector, de modo que estamos permanentemente atrapados entre un mínimo de dos posiciones discursivas en continuo proceso de cambio.

La noción de las posiciones discursivas de Foucault no constituye una aproximación a la lectura específicamente feminista, no obstante, sí es compatible con la reconceptualización feminista del sujeto como lugar de diferencias múltiples y heterogéneas. A juicio de Teresa de Lauretis, esta nueva visión del sujeto supone una ruptura con el psicoanálisis posestructural:

It seems to me that this notion of identity points to a more useful conception of the subject than the one proposed by neo-Freudian psychoanalysis and poststructuralist theories. For it is not the fragmented, or intermittent, identity of a subject constructed in division by language alone, an «I» continuously prefigured and preempted in an unchangeable symbolic order. It is neither, in short, the imaginary identity of the individualist, bourgeois subject, which is male and white, nor the «flickering» of the posthumanist Lacanian subject, which is too nearly white and at best (fe)male. What is emerging in feminist writings is, instead, ...a subject that is not divided in, but rather at odds with, language (en de Lauretis, ed., 1986: 9).

En esta línea, Mary Gentile piensa que es precisamente la «vacilante» subjetividad de la mujer (como resultado de su representación ambivalente, a la vez como objeto de deseo y como deseo insatisfecho) lo que nos permite considerar a la subjetividad como un nexo de posibilidades «where there is no clear split between “I” and “not-I”, but rather a range or continuum of existence» (1985: 19).

Por nuestra parte, pensamos que el origen de la teoría del sujeto como algo múltiple y disperso puede muy bien hallarse en la noción lacaniana del sujeto como lugar de contradicción, continuamente en proceso de construcción. Como

señala Constance Penley, sin la idea del sujeto escindido de Lacan, las nuevas teorías feministas de la identidad no serían posibles (1986: 145).

En cualquier caso, no está clara la viabilidad del modelo posestructuralista de Foucault de cara a una teoría general de la lectura. En principio, muestra una tendencia a taxonomizar, a enumerar toda una serie de posiciones como si éstas pudieran delimitarse y distinguirse entre sí sin problemas. Por otra parte, puede conducir a elaborar estereotipos de lectores y a predecir sus respuestas institucionales, cuando desde una perspectiva posmoderna lo que se pretende subrayar no son las diferencias fijadas entre posiciones discursivas, sino la fluidez de los límites que permite un continuo intercambio entre las mismas.

No obstante, el modelo de Foucault también presenta ventajas claras. En primer lugar, la idea de las posiciones discursivas como concepto múltiple y cambiante posibilita que los lectores puedan ocupar varias de éstas al mismo tiempo. En segundo lugar, no existe una manera «natural» de leer un texto: los modos de lectura son específicos desde el punto de vista histórico y variables desde el punto de vista cultural, y las posiciones que ocupa el lector son siempre «construidas». En tercer lugar, una teoría de la lectura basada en la subjetividad subvierte cualquier noción de «lectores esenciales». Los lectores, como los textos, son construidos; ocupan una serie de prácticas de lectura en lugar de crearlas desde cero. Por último, todo lo anterior sugiere que si leemos desde varias posiciones discursivas, el propio acto de la lectura se convierte en una fuerza que socava nuestra creencia en los sujetos estables y los significados esenciales.

#### **II.4. La deconstrucción de J. Culler y sus versiones de la crítica feminista**

Enlazando los planteamientos de Foucault con nuestra preocupación inicial en torno a los motivos de la exclusión de escritoras y teóricas feministas del debate posmoderno, ilustraremos nuestra discusión apoyándonos en el polémico ensayo de Jonathan Culler «Reading as a Woman» (Culler: 1982). En él, Culler pretende dar una visión cronológica del desarrollo de la crítica feminista en tres etapas. La primera apela a la noción de la «experiencia de la mujer» como fuente de autoridad de cara a las respuestas de las mujeres como lectoras. La segunda queda ejemplificada en la postura de Judith Fetterley (Fetterley: 1978) y su estrategia de resistencia a la literatura masculina y sus propósitos sobre las lectoras. La tercera etapa sigue en la línea de la segunda, si bien revela de qué manera las nociones de lo racional se hallan en estrecha complicidad con los intereses del varón (1982: 258).

A juicio de Culler, cada una de las etapas en el desarrollo de la crítica feminista hace cada vez más problemática la noción de la «experiencia de la mujer». Culler pone en tela de juicio esta idea y así logra despejar un espacio para la interpretación feminista masculina de textos literarios. Citando a Peggy Kamuf y su idea del feminismo como un modo de lectura, sugiere que leer como mujer no es, en última instancia, una cuestión de género. El crítico ha de adoptar la hipótesis de la mujer lectora en lugar de apelar a la experiencia de lectoras reales.

A nuestro juicio, es importante que, como críticos, podamos utilizar la noción de una lectora hipotética si pretendemos hacer generalizaciones sobre la actividad de la lectura, pero es igualmente importante que refiramos tales generalizaciones a la experiencia de mujeres reales, a pesar del intento de Culler de asignar la categoría de la «experiencia» sólo a un primer momento en la crítica feminista. Para autores como Culler y Peggy Kamuf, la idea de un terreno como la experiencia, desde el que se puedan realizar juicios críticos, no es en absoluto válida. Al final de su ensayo, Culler cita a Kamuf para ilustrar sus propias ideas, modificando lo que ésta dice sobre «writing as a woman» como «reading as a woman»:

A woman (reading) as a woman... the repetition has no reason to stop there, no finite number of times it can be repeated until it closes itself off logically, with the original identity recuperated in a final term. Likewise, one can find only arbitrary beginnings for the series, and no term which is not already a repetition: ...a woman (reading) as a woman (reading) as a woman... (1982: 64).

Cada una de estas afirmaciones parece ir restándole importancia a la mujer protagonista de tal actividad. Kamuf y Culler, en un impulso deconstructivo, pretenden destruir el concepto de «origen». No obstante, pensamos que si lo anterior se sustituyera por «a man reading as a man, reading as a man...», esta regresión *ad infinitum*, por el contrario, vendría a reforzar el valor que lo masculino tiene en nuestra cultura como fuente racional de significado.

Mientras Kamuf y Culler rechazan la noción de la experiencia como terreno desde el que se puede partir para elaborar juicios críticos, Teresa de Lauretis ha utilizado precisamente a la idea de «terreno» de Peirce para designar a ese lugar desde el que es posible teorizar, construir, modificar y hacer consciente la experiencia de la mujer. Para De Lauretis, «ground» es un concepto teórico preciso que posibilita la comunicación entre emisor y receptor, escritor y lector, es, por tanto, un término relacional y no una entidad referencial vacía como defendería la deconstrucción.

Esta noción de «terreno» facilita una definición de la experiencia muy útil para el feminismo. Del mismo modo que este terreno es una entidad relacio-

nal, la experiencia designa un proceso que, repitiendo la cita anterior de Teresa de Lauretis, «(a process) by which, for all social beings, subjectivity is constructed... For each person, therefore, subjectivity is an ongoing construction, not a fixed point of departure or arrival from which one then interacts with the world» (1984: 159).

Evidentemente, si como feministas queremos participar en el proceso y el análisis de la construcción de la subjetividad femenina en este momento histórico —llámese posmoderno, posindustrial, posestructural...—, hemos de subrayar la importancia de las mujeres como críticas, teóricas e intérpretes de tal ocasión. La crítica es monopolio de la institución académica, y ésta está todavía mayoritariamente en manos de los hombres. Feminismo y posmodernismo comparten un gran espacio cronológico, no así un importante debate crítico sobre su alcance y límites, sobre el solapamiento de sus intereses o sus diferencias. Creemos que existe un feminismo posmoderno en el quehacer del feminismo europeo y americano desde mediados de los años setenta, sería enormemente saludable que existieran más ejemplos de posmodernismo feminista y pudiéramos añadir una larga lista a la ya iniciada por autores como Terry Eagleton, Robert Scholes, Paul Smith o Stephen Heath.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Friedman, Susan, desarrolla esta idea en su ensayo «Women's Autobiographical Selves: Theory and Practice», en Benstock, S. (ed.). *The Private Self. Theory and Practice of Women's Autobiographical Writings*. London: Routledge, 1988: 63-89.

<sup>2</sup> Para un análisis en profundidad de lo anterior centrado en el proceso de socialización del individuo, hombre o mujer, véase el libro ya clásico de Chodorow, Nancy. *The Reproduction of Mothering*. Berkeley: University of California Press, 1978.

#### BIBLIOGRAFIA

Barthes, Roland (1977). «The Death of the Author», en Barthes, R.: *Image/Music/Text*. Trans. Stephen Heath. N.Y.: Hill & Wang, 142-48.

— (1977). «From Work to Text», en *Image/Music/Text*, 155-64.

Blaudu Plessis, Rachel (1985). *Writing Beyond the Ending*. Bloomington: Indiana University Press.

Culler, Jonathan (1982). *On Deconstruction. Theory and Criticism After Structuralism*. Ithaca: Cornell University Press.

Fetterley, Judith (1978). *The Resisting Reader. A Feminist Approach to American Fiction*. Bloomington: Indiana University Press.

- Foucault, Michel (1972). *The Archaeology of Knowledge*. Trans. A. M. Sheridan Smith. N.Y.: Pantheon Books.
- Gentile, Mary (1985). *Film Feminisms: Theory and Practice*. Westport, CN: Greenwood Press.
- Gilbert, Sandra, & Gubar, Susan (1979). *The Mad Woman in the Attic*. New Haven: Harvard University Press.
- Greene, Gayle, & Kahn, Coppelia (eds.) (1985). *Making a Difference: Feminist Literary Criticism*. London: Methuen.
- Huysen, Andreas (1984). «Mapping the Postmodern». *New German Critique*, 33, Fall, 5-53.
- Jacobus, Mary (ed.) (1979). *Women Writing and Writing About Women*. London: Croom Helm.
- Kamuf, Peggy (1980). «Writing Like a Woman», en McConnell-Ginet, Borker & Furman (eds.). *Woman and Language in Literature and Society*, N.Y.: Praeger.
- Lauretis, Teresa De (1984). *Alice Doesn't*. Bloomington: Indiana University Press.
- (ed.) (1986). *Feminist Studies/Critical Studies*. Bloomington: Indiana University Press.
- Lyotard, Jean François (1984). *The Postmodern Condition. A Report on Knowledge*. Trans. Geoff Bennington & Brian Massumi. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Miller, Nancy (1986). «Changing the Subject: Authorship, Writing and the Reader», en De Lauretis (ed.). *Feminist Studies/Critical Studies*. Bloomington: Indiana University Press, 102-20.
- Penley, Constance (1986). «Teaching in Your Sleep», en Nelson, Cary (ed.): *Theory in the Classroom*. Urbana: University of Illinois Press, 129-48.
- Showalter, Elaine (1977). *A Literature of Their Own*. New Jersey: Princeton University Press.
- (ed.) (1985). «Feminist Criticism in the Wilderness», en *The New Feminist Criticism*. N.Y.: Pantheon, 1985, 243-70.
- Smith, Barbara (1985). «Toward a Black Feminist Criticism», en Showalter (ed.): *The New Feminist Criticism*, 168-85.
- Zimmerman, Bonnie (1985). «What Has Never Been: An Overview of Lesbian Feminist Criticism», en Showalter (ed.). *The New Feminist Criticism*, 200-224.